

Introducción

A doscientos años del inicio de sus movimientos de independencia, la idea de Latinoamérica, como la de toda región, sigue siendo el resultado de la suma de todas sus historias, de sus permanentes procesos de transformación, del “perpetuo movimiento y cambio continuo” que en su caso ha sufrido una población ya de 579 millones de personas que habitan en una superficie de 21 millones de kilómetros cuadrados. No obstante, su historia, como la de las demás regiones del mundo, es única e irrepetible y su idea hoy es una suma tanto de sus epopeyas como de sus propios fracasos. Por ello, la idea actual de Latinoamérica se asocia con un proyecto joven, inacabado, que sigue luchando en la construcción de su identidad al mismo tiempo que con la insatisfacción de sus resultados.

Latinoamérica nace junto con el continente americano en el momento que los caprichos de la geografía global determinaron, en el Cretáceo, la deriva del continente americano hacia el oeste y el desprendimiento del bloque afrobrasileño, ocasionando la formación del Océano Atlántico, el cual, junto con el Pacífico, divorciaron de los otros tres continentes, lo que si bien determinó su unidad geográfica, al mismo tiempo provocó su aislamiento cultural y geopolítico por miles y miles de años hasta el Siglo xv, fecha en la que además del descubrimiento de América, nace una nueva época en el pensamiento de la humanidad y la concepción del mundo. Su personalidad geográfica, proporcional y estética, compuesta de dos grandes masas triangulares de tierra que se unen en perfecta unidad en un punto intermedio, rivaliza con el resto de los continentes con la detentación de la tercera parte de la tierra del planeta.

El aislamiento al que la condenó su origen geográfico influiría de manera determinante en el curso de su historia, al privarla por milenios de cualquier contacto con las culturas del Viejo Mundo, y limitando la afluencia de un mayor número de pobladores a su territorio.

Latinoamérica nace como civilización, junto con América, cuando hace veinte o treinta mil años, según las tesis más aceptadas, entraron por la región de Alaska (Estrecho de Bering) los primeros habitantes del continente, y poco a poco se fueron abriendo camino hacia el Sur. En esta época, los primeros americanos fueron contemporáneos de los habitantes de los otros continentes, y a través del nomadismo y la caza lucharon por la sobrevivencia de su estirpe. Estos pequeños grupos de pobladores de la Edad del Hielo se convirtieron con el tiempo en los cientos de pueblos indígenas que habitaron toda América; en nuestro caso, en los primeros Latinoamericanos que se desarrollaron culturalmente desde el norte de México hasta el sur de Bolivia, en donde destacaron las civilizaciones Olmeca, Toltteca, Maya y Azteca, entre otras, en México; los Mayas en Guatemala y Honduras; y los Incas, Quechuas y Aymaras, entre otros, en Ecuador, Perú y Bolivia.

Latinoamérica junto con América se integra geopolíticamente al escenario mundial, cuando en 1492, después de miles de años de vivir un encierro geográfico y cultural, el avance de la destreza técnica y la acumulación de la investigación científica de la civilización euroasiática, hace posible el “descubrimiento” del mundo nuevo; generando con ello un impacto en la realidad cultural, política, económica y social de América y de Latinoamérica, que trasciende hasta nuestros días.

Latinoamérica, junto con América, nace a la historia del mundo global cuando Américo Vespucio la define y la reconoce como el “Nuevo Mundo”, deslindándola del error conceptual que le dio origen, o sea, separándola del continente asiático, como se creyó en un principio; de igual modo que al ilustrar la primera cara completa de la Tierra al incluir a un Continente que no tenía conciencia del otro, ni de su geografía o de la existencia de un mundo global. En medio de esta orfandad, una civilización adelantada en el tiempo se arroga el derecho de bautizarla con el nombre de “América”; siendo este, tal vez, el primer acto de conquista. A partir de este momento Latinoamérica, junto con América, perdió el sosiego de su aislamiento y de su privacidad y se introdujo en una era donde se terminaron sus certezas del pasado, para transitar hacia un dinámico y permanente proceso de evolución que no para hasta el día de hoy.

Latinoamérica nace como región política y cultural, cuando la Monarquía Española, como usufructuaria privilegiada del descubrimiento de América, despliega una rápida acción de conquista que la lleva en 1521, 19 años después del descubrimiento de América, a dominar al imperio más grande y desarrollado del continente, que fue el Imperio Azteca; y en 1533, a la civilización Inca, con lo cual desarticula los centros civilizatorios más importantes del hemisferio, facilitando el desplazamiento de su hegemonía política y militar de México hasta la Patagonia, con excepción del Brasil, que fue posesión portuguesa con base al acuerdo de Tordecillas de 1494. La hegemonía española, por las características de “dominio” que ejerce en los pueblos conquistados, donde los hace conscientes por primera vez de la existencia de los otros; donde impone una cultura homogénea en cuanto al lenguaje, la religión, la ley y el mestizaje; provoca una nueva civilización en el marco de una geografía política (Nueva España, Nueva Granada, Perú y Río de la Plata) cuya dirección es ejercida por una autoridad central que fue la Corona Española.

Latinoamérica nace como región geográfica desde el momento en que de 1607 a 1732 se establecen trece colonias inglesas en la parte central de América del Norte y el 4 de julio de 1776 declararon su independencia del gobierno inglés; anunciando un proceso de expansión hacia el Norte en lo que hoy es Canadá; y hacia el sur, en lo que actualmente es México; a los cuales aplico una política abierta de expansión de fronteras, dando como resultado la existencia en el continente de dos subregiones con diferente lengua, cultura, religión e ideosin-cracia. De igual modo define esta geografía el momento en que estas colonias inglesas, transformadas en los Estados Unidos de América, tomaron la decisión de

exterminar a los pobladores originales a través de una política generalizada que acabo con millones de indios que habitaban esas tierras.

Latinoamérica inicia el largo camino de su independencia política cuando un sinnúmero de precursores a lo largo de toda la posesión española, empezaron a sembrar la semilla de la reivindicación política y social en los siglos XVII y XVIII; cuando el 23 de agosto de 1791, dentro de las primeras rebeliones que estallaron en la región se produce la Revolución Haitiana, la cual desembocó en la emisión de la primera Constitución Política de América Latina y el Caribe el 8 de Julio de 1801, en la cual se declara el nacimiento libre de todos los hombres; así como la primera Proclamación de Independencia de un Estado Latinoamericano Caribeño el 1 de enero de 1804. Surge el 27 de Julio de 1809 con la primera proclamación abierta de la Independencia del Alto Perú, encabezada por Pedro Domingo Murillo, en cuyo texto argumentaba las razones del levantamiento del ahora pueblo boliviano, que de algún modo reflejo el sentir de los demás pueblos latinoamericanos: "Compatriotas: Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria; hemos visto con indiferencia por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto que, degradándonos de la especie humana, nos ha mirado como a esclavos; hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido siempre un presagio de humillación y ruina".¹ Aparece el 9 de agosto de 1809 (con antecedentes en 1808) cuando los Quiteños integran la Junta Soberana de Gobierno encabezados, entre otros, por Manuela Cañizares, Josefa Tinajero y Mariana Matheu, destacando la importancia del papel de la mujer en la construcción del nuevo horizonte latinoamericano. Se va tejiendo desde el 19 de abril de 1810, cuando en la hoy Venezuela se inicia un proceso de transformación hacia su Independencia en el que transitan grandes figuras de la escena libertaria de América Latina como Francisco de Miranda, José Antonio Paéz, Antonio José de Sucre, el Gran Simón Bolívar y Don Andrés Bello, entre otros; destacando de igual manera la promulgación de su Constitución de 1811. Da sus primeros pasos cuando el 25 de mayo de 1810, en reunión de cabildo abierto, los delegados de la ahora Argentina depusieron al Virrey y eligieron una Junta Militar que de manera histórica, rescató de manera provisional el poder político en la representación del pueblo. Se despierta en el Virreinato más importante de la Monarquía Española, el de la Nueva España, el 19 de julio de 1808, cuando se redacta un plan autonomista, al cual le siguió el "Grito" de libertad que se dio la noche del 15 al 16 de septiembre de 1810 por el cura Miguel Hidalgo y Costilla, el cual inició un recorrido por campos y pueblos con proclamas en las que reivindicaba la independencia de la dominación española y atendía a las demandas populares aboliendo el tributo indígena y la esclavitud. Se continúa el 18 de septiembre de 1810 en lo que hoy es Chile, cuando en sesión de cabildo abierto, ante 400 vecinos distinguidos, se de-

¹ Galeana Patricia; Historia Comparada de las Américas, Tomo II; Senado de la República, 2010; p.129.

puso al poder central y se determinó gobernar de manera provisional a semejanza de otras juntas regionales. Se gesta el 14 y 15 de mayo de 1811 con el movimiento emancipador del hoy pueblo Paraguayo, que transformó sus inquietudes libertarias en la Primera República Latinoamericana Independiente el 12 de octubre de 1812. Se fortalece en el Virreinato de Perú en 1824, con las victorias de Junín y Ayacucho, que se presentaron como un homenaje al sacrificio precursor de Túpac Amaru II asesinado en 1780; y se continúa con el resto de los movimientos emancipadores que se dan en cada uno de los hoy países de América Latina, durante todo el Siglo XIX hasta el año de 1898, fecha en la que se logra la liberación de Cuba de la otrora monarquía española, concluyendo con ello la endeble etapa del inicio de los movimientos de independencia. Como sabemos, este proceso no ha concluido del todo y además de las nuevas formas de intervención de los poderes hegemónicos, aún quedan en la región reductos del intervencionismo del Siglo XIX en la posesión que tiene Inglaterra de las Malvinas Argentinas; y en el control que aun preserva Estados Unidos tanto de Guantánamo como de Puerto Rico (Skidmore, Galeana, Cockcroft, Zuleta, etc).

Latinoamérica nace como una región de nombre universal, cuando “a partir del interés por América en Francia y el viaje de Alexis de Tocqueville que daría lugar a la democracia en América (1835), Michel Chevalier publicó sus Cartas sobre la América del Norte (1835), donde afirmó que América del Sur era Latina, idea desarrollada en Francia por ensayistas como el colombiano José María Torres Caicedo, quien acuñó la expresión “América Latina”, utilizada en el marco de los comentarios provocados por las guerras civiles en Suramérica y por la propaganda francesa, que para apoyar la intervención en México fundó en Francia, en 1861, la “Unión Latinoamericana”.²

Latinoamérica inicia el largo camino de su modernidad a través de una interminable cadena de acontecimientos bélicos y políticos que la tuvieron postrada durante todo el Siglo XIX y consternada en una buena parte del Siglo XX; donde después de sus declaraciones de independencia en el Siglo XIX, por ejemplo, a algunos países como Nicaragua le comprometió llegar a un periodo de razonable estabilidad 96 años de agitación política; a Panamá 87, a Brasil 80, a Paraguay 75, a Bolivia 59, a Perú 52, a Argentina 44, etc.³ Latinoamérica en este sentido, ha tenido que pagar como las demás regiones del mundo, el precio de su independencia, de su desfase civilizatorio y el de la consolidación de sus procesos económicos, políticos y sociales.

Latinoamérica asume su “mayoría de edad” en 1936 cuando Alfonso Reyes, al hablar de la “inteligencia americana” ante un tribunal de pensadores internacionales, proclamó el derecho a la ciudadanía universal de la región; subrayando que Latinoamérica ya había alcanzado su mayoría de edad y que el mundo pronto se habituara a ella.⁴ A su manera, en 1950 Octavio Paz ratificaba esta visión cuando en su libro “El Laberinto de la Soledad” declaró: “Somos

² Galeana Patricia; Historia Comparada de las Américas, Tomo I; CISAN, UNAM, 2008; p. 95.

³ Fukuyama Francis; La Brecha entre América Latina y Estados Unidos; Fundación Mayan, 2006; p.143.

⁴ Santí Enrico Mario; Luz Espejeante; Era, 2009; p. 49.

por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres”.⁵ Dos grandes mexicanos; dos grandes latinoamericanos, por caminos distintos, extendían un certificado de mayoría de edad a una región joven que registraba a esa fecha un siglo y medio en su proceso de maduración. Reyes, por su parte, fundamentaba su aseveración en una “inteligencia americana” que ya era contemporánea a las expresiones de su tiempo, a través de la voz de sus pensadores como Vasconcelos, Bosh, Darío, Rodó, Sarmiento, el mismo Reyes, etc., que acudían con gran rigor a la Academia del planeta. Paz por su lado, más ontológico revelaba lo contemporáneo del mexicano, y con ello de una buena parte del Latinoamericano, a través del reconocimiento de una individualidad arrancada del ocultamiento y la simulación, que al desnudarse remitía al desamparo, a la “soledad abierta”, donde “espera también la trascendencia; las manos de otros solitarios”.⁶

Latinoamérica pasó de ser una región de individuos a una de ciudadanos, cuando después de un largo periodo de ajustes e inestabilidad política, en la primera década del Siglo XXI todos sus países continentales registraron modelos razonables de estabilidad democrática, logrando con ello uno de sus éxitos políticos más relevantes desde el inicio de su independencia. Este logro no tiene antecedentes en el mundo, ya que ninguna otra región ha conseguido difundir la democracia en todos sus países en un periodo similar.

Finalmente, Latinoamérica da inicio a su proceso de integración, desde el momento que la Monarquía Española, a través de la imposición de su hegemonía política y militar, entrelaza el destino de las futuras naciones latinoamericanas por medio de la cultura, la religión y el lenguaje (Integración Hispanoamericana). Se continúa con sus procesos de Independencia, donde se fortalece ante la adversidad y se nutre de los sueños de una región nueva que se imagina más prospera, fuerte y unida (Integración Bolivariana). Se hace evidente en el marco de su no institucionalidad surgiendo de manera espontánea como un acto de autodefensa y solidaridad con el hermano invadido (México) frente a la intervención francesa (Integración Juarista). Se institucionaliza ante la convocatoria del poder real de Estados Unidos en 1889 en la celebración de la Primera Conferencia Internacional Americana (Integración Panamericana); y se continúa hasta nuestros días en un último impulso que inicia con la fundación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) en 1960 (Integración Latinoamericana).

Como apreciamos de este recuento que no intenta ser mas que un breve marco de referencia de nuestra región, Latinoamérica, como todas las demás regiones del planeta, emerge ante el mundo luego de una larga y accidentada ruta de viaje; y su composición actual, después de 200 años de existencia, se dibuja con los colores de su propia trayectoria, los cuales le otorgan un sello específico y le determinan su propia huella. América Latina escribe hoy cada una de sus letras con la casualidad de su destino, con los altibajos de su circunstancia, con la rea-

⁵ *Idem*; p. 55.

⁶ *Idem*.

lidad de su geografía y con el sudor, la sangre, la decepción, el error y el mérito de su historia. Con la suma de todas sus virtudes y con la carga de todos sus defectos, se presenta individual y única ante el mundo global del siglo XXI.

Por ello, a dos siglos del inicio de sus procesos de independencia, no resulta una tarea fácil contemplarla frente al espejo de su historia (1810-2010). De describir una sola Latinoamérica; de hablar de una región que integre en un concepto único las diferentes imágenes y realidades que hoy tenemos de ella. Sin embargo, el cumplimiento de estos 200 años desde el inicio de sus movimientos de independencia, se convierte en una oportunidad insoslayable para que aprovechando la efeméride de su pasado, se intente una reflexión de su presente, que abone hacia las líneas de su porvenir.

Bajo esta inquietud general de recordar las fiestas del Bicentenario de América Latina, con una visión de futuro que parta del entendimiento de su pasado, es que la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de su Instituto de Investigaciones Jurídicas, convocó a un grupo de reconocidos especialistas en el tema de América Latina, a fin de reflexionar sobre este importante momento de la historia regional.

Bajo este espíritu de trabajo fue que se construyó el proyecto de esta obra editorial, con la participación profesional de 22 académicos e intelectuales latinoamericanos, que con sus respectivas contribuciones hicieron posible la elaboración del presente libro titulado "Latinoamérica Frente al Espejo de su Integración (1810-2010)".

El primer Capítulo que lleva por nombre "Bolivarismo, Cultura y Destino: Doscientos Años de Navegar contra Corriente", se penso desde una perspectiva histórica, con la idea de enmarcar el tema central de los trabajos. En este apartado participa Alicia Bárcena con un estudio referido al tema central del capítulo que lleva el mismo nombre: "Bolivarismo, Cultura y Destino, Doscientos Años de Navegar contra Corriente". Pablo Yankelevich hace un análisis sobre los temas sociales de México de principios del Siglo XX y participa con la investigación "La Revolución en México en el Pensamiento Político Latinoamericano". De igual modo, Noé Jitrik desarrolla una semblanza de la visión regional a través de un estudio titulado "Del Reino de Este Mundo". Jorge Turner, por su lado, refuerza esta visión histórica del Capítulo I con una propuesta titulada: "Bolívar en la Historia y el Destino de América Latina". Finalmente Arturo Oropeza García alude a la importancia del merito con su investigación "Latinoamérica: el Futuro de la Memoria o la Memoria del Futuro".

El Siglo XXI presenta condiciones inéditas que ningún análisis académico puede omitir. Por ello, bajo el título "Latinoamérica y el Nuevo Mapamundi: Cómo ser Jugador dentro de la Reconstrucción del Nuevo Orden Geopolítico", el Capítulo II del libro intenta trabajar sobre un posicionamiento de la región en el nuevo marco global. En este sentido, a través de la ponencia "El Impulso de México a la Nueva Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños; su papel en el Grupo de Río y la Cumbre de la Unidad", Salvador Beltrán del Río y José Antonio Zabalgotia, dan cuanta de la propuesta más reciente en materia de integra-

ción en América Latina. Rosendo Fraga, por su parte, con la investigación titulada "América Latina y el Mundo en el Bicentenario", se encarga de dar el marco global de la integración del Siglo XXI. De igual modo, Félix Peña, con la aportación que lleva por nombre "Las Metodologías de Integración y las Nuevas Realidades Internacionales: Importancia de Capitalizar Cincuenta Años de Experiencias" hace una propuesta de nuevas alternativas a través de la experiencia acumulada en materia de integración regional. Jorge Campbell, al final de este Capítulo, y con la ponencia "La Integración Latinoamericana: ¿A Quién le Interesa?" desarrolla un balance profundo de las razones validas de la integración.

El Capítulo III llamado: "¿Integración Imposible o Fragmentación Posible?: Caminos y Puentes del Trabajo Regional en el Siglo XXI", se enfoca al análisis de la solución de los obstáculos y la propuesta de soluciones que aporten a un trabajo regional más exitoso, donde Luís Maira con su investigación titulada "América Latina: el Reto de una Integración Distinta en el Siglo XXI", se pronuncia por los nuevos atributos de una nueva integración del Siglo XXI. De igual modo, Salvador Arriola destaca las líneas regionales que pueden ayudar a la obtención de resultados concretos con la investigación denominada "Fronteras, Cultura e Integración". Diego P. Fernández, por su lado, enriquece la perspectiva del Capítulo desde una óptica jurídica, la cual da sustento al análisis de los esquemas de integración a través de su trabajo "Integración y Derecho en América Latina: Doscientos Años de Indiferencia Mutua". En este mismo sentido, Adriana Dreyzin con su investigación titulada "La Cooperación Jurídica Internacional: Instrumento Imprescindible para la Integración", acompaña y da sustento al análisis de la integración regional desde su marco jurídico. Sergio de Abreu E Lima Florencio abre la perspectiva de análisis del Capítulo con su ponencia titulada "Democracia Representativa versus Democracia Participativa. ¿Nuevo Modelo en Expansión? ¿Avance o Retroceso en América del Sur?". Cassio Luiselli Fernández, por su lado, con su trabajo que lleva por nombre "La Integración Latinoamericana desde Sudamérica: Dos Mitos", formula una revisión y una nueva propuesta respecto al status actual de la integración de la zona. Finalmente, desde un posicionamiento sudamericano, Aida Lerman Alperstein cierra la revisión de este apartado con su investigación "Los Avatares de la Integración Regional en América del Sur (1810-2010)"

La integración representa muchos temas e involucra muchas perspectivas, pero un apartado que no podía obviarse por su importancia era el económico, por ello, con el título de "¿Economías Complementarias o Enemigos Comerciales? Las Posibles Ventajas y Oportunidades de una Economía Regional", el Capítulo IV intenta bordar sobre las nuevas oportunidades económicas de integración que se derivan del Siglo XXI. En este Capítulo Osvaldo Rosales con la investigación "¿Economías Complementarias o Enemigos Comerciales? Las Posibles Ventajas y Oportunidades de una Economía Regional", dibuja los obstáculos como las líneas de acción de una economía regional más complementaria. Renato Baumann con el trabajo "Integración Regional: la Importan-

cia de una Geometría Variable y de Pasos Paralelos”, ofrece una serie de propuestas concretas para la mejora del intercambio de la zona. Con el estudio “Cooperar y Competir: una Estrategia de Integración para el Mercosur y México”, Nicolás Marcelo Perrone y Lucas Daniel Arce, desde las antípodas de la economía regional, establecen mejores líneas de su inserción global. José Antonio Cerro, a través del análisis de los obstáculos de la integración y de la crisis como un motor de cambio, participa con la propuesta: ¿Es Posible la Unidad Latinoamericana? Y finalmente Arturo Oropeza García, con el trabajo “Latinoamérica y los Retos Económicos del Futuro” cierra este capitulado subrayando los principales temas económicos a enfrentar de parte de la integración latinoamericana en el siglo que comienza.

Dice Octavio Paz que nunca volvemos al pasado, y que por esto, todo regreso es un comienzo.

En ese sentido, la historia de Latinoamérica en estos dos últimos siglos ha sido un infinito regreso a su pasado, y por ello, un interminable comienzo a través del cual ha ido dibujando poco a poco las tenues líneas de su perfil nacional y los atributos de su esfuerzo regional. Por ello, en estos 200 años de historia de América Latina, al mismo tiempo que ofrendamos al ritual de la memoria, junto con ello, de manera inexorable, estamos escribiendo las primeras líneas de su porvenir.

No hay una sola Latinoamérica. Hay muchas latinoamericas que se derivan de la múltiple y rica composición de su origen; visiones que surgen del reacomodo de piezas que se sobreponen todos los días, dentro de una región joven que no termina de madurar.

Como ya se dijo, la intención de la presente obra editorial ha sido la de realizar un viaje al pasado Bicentenario de la Integración de América Latina con una perspectiva de futuro. A lo largo de este viaje hemos ratificado nuestra sensación de que somos herederos de una sociedad insatisfecha que no acaba de conformarse con lo obtenido. Que a pesar de los evidentes logros en todas las materias, importantes necesidades y exigencias siguen formando parte de la agenda económica, política y social de la mayoría de los países latinoamericanos. Sin embargo, también hemos podido comprobar que justo en cada coyuntura, nunca ha faltado una voluntad de cambio que inicie una Independencia, una Reforma, una Revolución o una Democracia.

En el Siglo XXI todos los países y todas las regiones del mundo entramos de lleno a una nueva etapa histórica donde se pondrá a prueba nuevamente la capacidad de cada nación y de cada región para innovarse y adaptarse a realidades antes nunca vistas. Las regiones dejarán de ser convenientes para convertirse en imprescindibles, en un camino de destino cierto, que más temprano que tarde no es otro que la globalización de la vida económica, política y social de América Latina, de nuestro continente y del Mundo.

El fin de las certezas y un cambio permanente de paradigmas nos adelantan que estamos transitando hacia un nuevo territorio donde nuestra capacidad de asociación será básica para construir un mejor porvenir.

Por ello, en el marco de los recuerdos de nuestro Bicentenario y de los retos del futuro de un nuevo mundo; ante la permanente dificultad que ha mostrado Latinoamérica para conjugar adecuadamente los verbos de su historia, resultara siempre útil y motivante recordar a Octavio Paz cuando nos dice:

“En mi peregrinación en busca de la modernidad me perdí y me encontré muchas veces. Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no está fuera sino dentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad mas antigua, es mañana y es el comienzo del comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer”

2010

Año del Bicentenario de la Independencia de México
y Centenario de la Revolución Mexicana.

· *Ídem*; p.59.